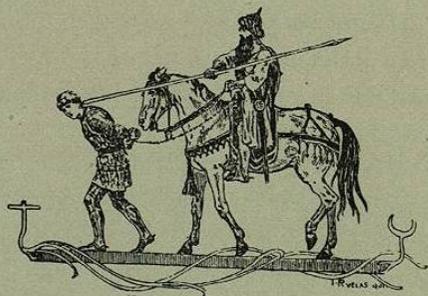


de salvar su país llénale el pecho
y le colma de luz la obscura alma,
el pueblo es vil y desordena y busca
más víctimas que hacer, y roba . . . y mata!

¿Esa es la libertad? . . . ¡Oh, torpes reyes!
¡Oh, pueblos bestias! bestias empeñadas
en aplicar el hierro enrojecido,
ahondando más la pavorosa llaga . . .

Pero hay algo que ríe en la tiniebla
hecha por la ambición. En lontananza
el astro sin poniente: la justicia.

Fuera coronas, cetros, alguien clama!
¡Oh, vieja Europa! en tu dolor espera . . .
la corona de América es el Niágara!



A LA MEMORIA

DEL DR.

GABINO BARREDA

La ciencia ha hecho bancarrota! Un grito
del siglo moribundo lo proclama;
hay que empuñar de nuevo el oriflama
del ensueño, en el término infinito.

Jesús en los altares gime y llora
tendiendo exangüe las ebúrneas manos
sobre el loco turbión de los humanos
que en la noche sin fin busca la aurora.

Otra vez le negaron como Pedro
bajo el beso fatídico de Judas,

y sueña triste, entre las nieblas mudas,
como en las cumbres del Carmelo el cedro.

Está solo, las hórridas espinas
son en su frente un círculo de garras;
y el simbólico jugo de las parras,
¡su sangre! corre en negras sabatinas.

Su cuerpo —pan divino— es en las bocas
como miel en las fauces de las hienas;
y de las almas, de amargura llenas,
ya no labra su amor las duras rocas.

Jesús! Jesús! tu templo está desierto,
toda la tierra es hoy como un calvario;
y en un bosque de cruces, solitario
va el espíritu echado de tu Huerto.

La ciencia ha hecho bancarrota. Ha visto
«lo Incognoscible,» con mortal pavora;
por un lampo no más de tu dulzura
la ciencia entera truécenos, ¡oh Cristo!

Ah! ¿Conque, ha hecho bancarrota? ¿Acaso
tú no adoraste la verdad divina?
El licor de la ciencia se avecina
á los sedientos labios, en tu vaso.

¿Que hay misterios aún? Tú lo dijiste:
mas próximo está el reino de los cielos;

y les distes á todos los anhelos
el supremo refugio de los tristes:

la esperanza, Señor, en la siniestra
espiral de las sombras sin medida.
Yo soy camino de Verdad y Vida,
seré consuelo y esperanza vuestra.

Místico fiel del pensador y el bueno,
que así sorprende el vuelo de los astros
como talla, en los blancos alabastos
de su propia conducta, el bien ajeno.

No tendrá fin tu gloria ni tu nombre.
¿Por qué te han calumniado las edades?
Tú, en medio de las broncas tempestades,
si fuiste Dios, te convertiste en hombre.

¡Qué legado el de Egipto, Grecia, Roma!
Cuando en el monte te tentaba el Diablo,
ya elaboraba su elocuencia Pablo
para lanzar la mística paloma.

Tu reino no era el reino de Judea,
ni tu ejemplo, de pocos el ejemplo,
ni el de Jerusalem era tu templo,
sino el del sentimiento y de la idea.

Y así fué la labor. Bajo la obscura
gótica arcada del convento adusto

se amó también, ante la faz del Justo,
la curva griega voluptuosa y pura.

El ágil verso del poeta erótico,
la sentencia de Sócrates montada
de Platón en la estrofa nacarada,
y el azulejo del muslín exótico.

El número y la fórmula, la risa
y el llanto del filósofo, el problema
de la vida, la égloga, el poema
y el verbo del amante de Eloísa.

Oh! conquistas del genio deshojadas
en la Via Appia humana silenciosa,
pétalos todos de la misma rosa,
¿no sois sino ilusiones perfumadas?

El cielo de Kopérnico, las leyes
de Keppler y de Bacon la experiencia,
de Newton ó de Edisson la ciencia,
¿ni avena son para que pasten bueyes?

¡Cuánta acumulación de esfuerzo rojo!
¡Cuánta de amor, de sacrificio y duda,
para llevar á la verdad, desnuda—
castamente— á la cumbre del sonrojo!

Oh! tú, Maestro, cuya alma queda
en átomos dispersa en nuestras almas,

¿de qué te servirán versos y palmas,
si hasta tu nombre morirá, Barreda?

¿Qué busca el núcleo de tus siempre fieles
en esta augusta ceremonia ahora,
si es la muerte la única señora
y estamos de la muerte en los dinteles?

Arroja de tus manos el stylo
á la honda callada del Leteo,
y no libertes nunca á Prometeo,
trágico colosal, iluso Eskylo.

De la impotencia lánzate en la espira,
maestro de maestros en el mundo;
busca en la noche el antro más profundo,
infantil visionario de Stagira.

Arroja tus harapos de oropeles,
bizantino pintor, llegó Mahoma;
tus obras de arte despedaza, Roma,
rompe el cincel y quema los pinceles.

En tus plazas, icónica Florencia,
aglomera los libros anhelante;
haz una hoguera y carboniza al Dante,
artista enamorado de la ciencia.

Y tú, la sabia, la moderna Europa,
retrocede á las selvas con Arminio;

sólo es fuerte el pavor, el exterminio,
hay que llenar de lágrimas la copa.

Hay que volver á las plegarias tiernas
ó á las viles blasfemias infecundas,
y con las esperanzas moribundas
acogerse otra vez á las cavernas . . .

Jamás! . . . La ciencia, como en roca viva,
nos da su manantial gota por gota;
pero ¡qué limpia la corriente brota
ante la estéril sombra fugitiva!

El vapor es á Dios como una ofrenda
y la electricidad una plegaria,
mejores que en la brecha solitaria
el humo tenue de salvaje tienda.

La ciencia es la senda inesperada . . .
Enanos! que á la vera del camino
caéis al breve soplo del destino
como polvo sin germen en la nada.

¡La nada! ¡qué palabra! Brota en vano
del desencanto, del dolor ó el miedo.
¡Qué trágico final para un enredo
de algún bestial emperador romano!

La ciencia es la redención interna
y externa de los seres y las cosas;

siega en campos de estrellas y de rosas,
para la humana aspiración eterna.

La Ciencia, los penates y los lares
ha sustituido en el hogar bendito
con el trabajo sobre el débil rito,
en la eversión de dioses y de altares.

¿Y la felicidad? . . . Vuelva el cuitado
la vista á las edénicas auroras;
el hombre sus dos alas triunfadoras,
la Verdad y el Amor, ha desplegado.

¡Que pávido, letal, sólo el suicida
azote como Orígenes, sin mengua,
lo mismo con el sexo que la lengua,
á la Naturaleza y á la Vida!

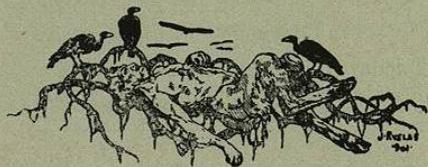
¡Barreda! Á tu recuerdo, el alma cobra
nuevos esfuerzos para nuevas luchas.
¿De cátedras y fábricas escuchas
el intenso rumor? Esa es tu obra!

La segadora sin piedad, la Muerte,
de la cabaña rústica al palacio,
no matará en el tiempo y el espacio
tu pensamiento, perdurable y fuerte!

Oh, Jesús! que de Dios en las alturas
ser un hombre quisistes en la tierra,

vuelve al monte más puro de la sierra,
vuelve al Tabor, vestido de blancuras.

Has que delirios místicos se alfombré
el empinado y áspero sendero;
abre los brazos de tu amor entero,
que hacerse Dios ahora quiere el hombre!



EL FESTÍN DE CLAUDIO

(DE UN LIBRO DE CASTELAR)

A Enrique Pérez Rubio.

I

Á las primeras sombras de la tarde,
en la colina, el alto Palatino
como constelación se prende y arde
para el festín de Claudio, del divino.

Decoran los contornos de la sala
jardines verdaderos, cuyo aroma
por los inmensos pórticos se exhala,
en el ambiente que respira Roma.

Gotas suaves de oriental esencia
caen de las techumbres, lentamente;
músicas invisibles su cadencia
envían por el aire transparente.

Y las trémulas notas en sus giros
al escaparse, en rápido momento,
murmuran besos, risas y suspiros,
y ruido de alas, en el manso viento.

Alternan con las músicas el coro,
que resuena en los ámbitos apenas,
haciendo recordar el ritmo de oro
de los coros pragmáticos de Atenas.

Y que es como eco muy lejano
del antiguo esplendor, desvanecido,
de un pueblo roto por su propia mano,
que en sus propios laureles ha caído.

Los mosaicos en ricos pavimentos
aparecen de rara pedrería;
en las paredes miranse opulentos
cuadros de amor, de guerra ó poesía.

Cuelgan del techo lámparas de plata
nutridas por el óleo de los nardos;
y en pebeteros de oro se desata
lluvia sutil de perfumados dardos.

En los bronceos vasos, á montones
apiñadas las nieves apeninas
para calmar así las impresiones
letales del calor. Y las resinas

—en trípodes de oro calcinadas—
de Egipto y de Judea, débil humo
lanzan sobre las mesas entalladas
hermosamente, de artificio sumo.

Cuanto el refinamiento ha atesorado
en la regia ciudad capitolina,
al banquete de Claudio se ha llevado,
en los brazos del miedo que la omina.

Vasos murrinos, en la mesa puestos
y unidos por exóticas guirnaldas,
brillan con lampadarios interpuestos
como rubis, topacios y esmeraldas.

En cráteras de acero viejos vinos,
escanciados por jóvenes en coro,
que pudieran tomarse por divinos,
al extraerlos con cyathas de oro.

En torno, con las telas más preciosas,
amplios triclinios tiéndense, más hechos
que para las comidas portentosas,
para el placer y el sueño dulces lechos.

Británico, Nerón, la bella Octavia
Lucano, Persio, Séneca, pretores,
de la Roma imperial la pura savia
arrojan á los pies de sus señores.

Pero en aquella multitud que llega
como la predilecta de la suerte,
sopla algo que á su paso la doblega
como el aliento frío de la muerte.

La multitud revuélvese. Es la hora.
Esperan ya al Emperador, al claro
Emperador, lo dice anunciadora
inquietud general. Vivir es raro.

¡Que si es raro vivir! Sobre el invicto
Emperador su cólera fulmina
una mujer mayor á todo edicto,
la feroz y hermosísima Agripina.

Y aquella multitud, al ver que asoma,
lanza un grito, venciendo su desmayo,
que rueda, resonando, sobre Roma:
¡La Emperatriz! con el fragor del rayo.

II

¡La Emperatriz! gritó la muchedumbre.
Era ella, Agripina, en corte plena;
y pareció el salón tener más lumbre,
la atmósfera de aromas aun más llena.

Solemne, como nunca, aparecía
ál a doblada turba de romanos,
como la luz del sol en pleno día,
con la vida y la muerte entre las manos.

Se movió electrizada, sin enojos,
la multitud con algo de oleaje;
y sin temores ya, clavó los ojos
en su ideal y constelado traje.

¡Qué hermosa con su lujo ¡ah! qué hermosa!
¡Qué luz aquella luz de su mirada!
La gente la aclamó, era la Diosa
á la rendida impetración llegada.

Iba el Emperador, triste, á su lado,
cojeando, crasísimo; sin duda
era Vulcano á Venus ayuntado,
creyólo así la concurrencia muda.

Ni una palabra al dueño de la tierra.
Todo á la Emperatriz omnipotente.
Belleza y genio su semblante encierra,
y otra vez la aclamó toda la gente.

Ante la altiva Emperatriz radiosa
Claudio se adelantó con paso vago;
en una copa deshojó una rosa
y, saludando, la bebió de un trago.

El festín comenzó. Cuatro robustos
siervos un jabalí cargan entero.
Hígados de ocas á diversos gustos
condimentados con extraño esmero.

Pavos reales, su gentil plumaje
luciendo y con las colas destendidas,
cual si vivos cruzaran el bosque,
y ostras, desde Circea conducidas.

Innúmeros pescados y muy raros
que el mundo desde lejos enviaba;
que buen pescado quiere vinos claros
y así Claudio su sed multiplicaba.

Devoraba el anciano y sonreía
al objeto imperial de sus amores;
y alzaba la cratera que vertía
gotas de vino y pétalos de flores.

Y era inagotable la corriente
de vinos extranjeros y de Lacio,
mezclados con el agua de la fuente
de Bandusia, cantada por Horacio.

Pidió Claudio su vino predilecto,
vino de Sezia; y el gualo de oro
en la patera lo virtió directo
gota á gota y exclama: «Yo os imploro,

Apolo, padre de las musas; mira
cual sacudimos todos los pesares;
y, al grato acento de la dulce lira,
cantamos á los dioses tutelares.

Ceres regala el pan, el vino Baco,
y las flores tapizan la pradera,
hinchán las mieses el egipcio saco,
ríe feliz naturaleza entera.

El címbalo resuena en la montaña,
cierne la vid su pólen fecundante;
y el Amor, cual la luz de la mañana,
sonríe, de la vida, en el levante.

Si muchos no tenemos en las sienas
el verde mirto que feliz pregona
juventud ¡oh, existencia! siempre tienes,
para nosotros, plácida corona.

Dejemos los pesares inhumanos;
de este licor divino levantemos
las rebosantes copas en las manos,
comamos, y bebamos, y gustemos.

Que corran las ideas á su antojo
por nuestra cultivada inteligencia;
y las pasiones, como hierro rojo,
quemén el sentimiento y la conciencia.

Enguye el divo Emperador. Y luego,
pálido el rostro, tiembla, se levanta,
siente en sus venas devorante fuego,
cae, lanzando un grito su garganta.

Su esposa, sin escrúpulos, le mira
como en la noche misma de su boda;
y en tanto el viejo Emperador expira
queda la gente estupefacta toda.

De la vil Agripina la mirada
pasa sobre la gente que pregunta;
y diciendo «no es nada.... si no es nada....»
á Nerón rapidísima se junta.

Británico y Octavia los inertes
restos cubren de lágrimas y besos.
¡Ah! si tal pasa con los robles fuertes,
¿qué esperan ellos, de Agripina, presos?

Finge dolor la innoble parricida,
Nerón se yergue como ungido atleta,
y ensaya, mentalmente, inaprendida,
su canción de energúmeno y poeta.

Lucano, Persio, Séneca, departen
filosóficamente de aquel caso.
En grupos todos hacia Roma parten
de las noticias á volcar el vaso.

En aras de la próspera Fortuna
el Sezia en el festín, á los altares
el hidromiel, el verbo á la tribuna,
el genio á los poéticos cantares.

Regocijemos con la dicha el pecho
de la romana gente denodada;
y reine aquí, también, bajo mi techo,
la paz en el imperio derramada.

«Paz, paz, paz,» repitió Claudio beodo....
La Emperatriz interrumpióle seria:
«Claudio, Claudio, en verdad comes de un modo...
y si hablas, agotas la materia.»

«Dices bien. ¿Y las setas prometidas?»
«¿Las setas?» le contesta indiferente;
y mirando á las gentes distraídas,
«¡las setas!» dice; y trueca de repente

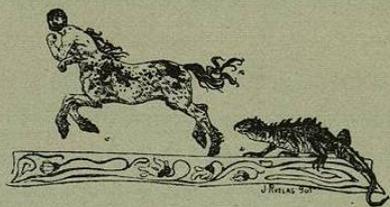
su hermosa faz huracanado gesto,
arden sus ojos con fulgor extraño;
y repite: «¡las setas! ¡presto! ¡presto!»
y agrega: «come pocas, te hacen daño....»

Arroja una mirada de pantera
á los siervos, sus cómplices, de suerte
que se doblega todo por doquiera,
á sus designios trágicos de muerte.....

Y ya sola, Agripina se dirige
hasta el lecho imperial que ocupa el muerto,
depone el gesto que á su faz aflige,
clama: «¿Nerón Emperador? ¿Es cierto?....»

Gozosa lo repite. No le asusta
fúnebre el eco que su voz arranca;
y olvida que es la mano de Locusta
la que ha doblado la cabeza blanca

del viejo Emperador, y la que ciñe
á Nerón la diadema de aquel muerto;
y al ver que el alba el horizonte tiñe,
clama: «¿Nerón Emperador?.... ¡Es cierto!....»



A VICTORIANO SALADO ALVAREZ

El Arte
es único,
¡oh! crítico púnico,
de inútil por viejo estandarte.

Lo bello
es sagrado
y vence el osado
que no á la rutina doblega su cuello.

¿Sujetas
la obra?
De sobra
están cartabones á genios poetas.

No atentes
á Helena.
Evita la áurea colmena
ó afila tus uñas y lima tus dientes.